

Entre tanto volvieron a sus Estados, al amparo de las bayonetas austriacas, el duque de Módena Francisco IV, el 9 de marzo de 1831, «para cumplir, según decía, uno de los deberes más sagrados del soberano, a saber, el castigo de los rebeldes,» y la duquesa de Parma, María Luisa, hija del emperador Francisco II y viuda del emperador Napoleón. Lo primero que hizo el duque de Módena fué mandar ahorcar al desdichado fabricante Menotti, tan vilmente engañado por él.

De allí pasó el general austriaco Frimont a ocupar sucesivamente a Bolonia, Rímmini y Ancona; y una semana después, en 26 de marzo, habiendo sido derrotado el ejército italiano mandado por el general Zucchi, se sometió el gobierno provisional al legado pontificio, bajo la promesa de una amnistía.

Todo esto se hizo en menos de un mes, sin que por la parte de Francia se diera el menor paso para defender el principio atropellado de la no-intervención, porque el temor de la guerra, que era segura si se oponía abiertamente al Austria, tuvo paralizados los brazos de Luis Felipe, que comprendía que en caso de romperse las hostilidades se quedaría completamente aislado, sin más aliado que la revolución. A este temor se agregó el de las ambiciones napoleónicas, cuyos representantes estaban en relación con los patriotas italianos y querían servirse de ellos como escalón para restablecer y ocupar el trono imperial. Estas relaciones hicieron perder a los patriotas italianos el auxilio de la Francia, que tan necesario les era y con el cual contaban (1). Metternich hizo servir esta terrible arma para atar más las manos al gobierno francés, al cual no cesó de predicar por medio de su embajador en París, el conde Apponyi, que la revolución italiana era enteramente napoleónica (2), y que si la Francia apoyara la revolución en Italia, el Austria, segura del concurso de Rusia y Prusia, apelaría a un recurso extremo, ya que el duque de Reichstadt tenía la ventaja de la edad sobre el duque de Burdeos (3). El mismo emperador Francisco II dijo por entonces a su nieto, consumido por la tisis y por una ambición enteca: «Si te presentases solo en el puente de Estrasburgo, pronto acabarían los Orleans en París.»

La entrada de Perier en el ministerio acabó con las caricias insustanciales que el gobierno hacía a los revolucionarios

(1) El príncipe Luis Napoleón hallábase en Ancona, enfermo del sarampión, enfermedad de que su hermano mayor murió en Forlì en 7 de febrero del mismo año, cuando los austriacos ocuparon aquella ciudad. Su madre, la ex-reina Hortensia, le sacó disfrazado de criado suyo y se dirigió con él a París, donde tuvo una entrevista con el rey Luis Felipe, que le proporcionó a ambos los medios de pasar a Inglaterra. El jefe de policía de París en aquella fecha, Claude, dice en sus *Memorias*, tomo I, 57, que la visita de Hortensia no tuvo más objeto que desvanecer en el ánimo del rey toda sospecha respecto de las intenciones de su hijo, el cual tramaba ya entonces una revolución militar a su favor. Una indicación análoga se encuentra en las *Letras sur l'histoire de France*, pág. 13, del duque de Aumale.

(2) En la carta que el canciller austriaco escribió al citado embajador con fecha 21 de junio de 1832, se lee: «Ruego a V. que llame la atención del rey Luis Felipe sobre el personaje que ha de heredar las pretensiones del duque de Reichstadt (hijo de Napoleón I y nieto del emperador de Austria). Me sirvo de la palabra *heredar* porque en la familia Bonaparte y en su partido se admite la herencia y sucesión abiertamente. El joven Luis Bonaparte está iniciado en lo que traman los partidos, y no se halla colocado, como el duque de Reichstadt, bajo la égida de los principios del emperador. El día en que muera el duque de Reichstadt, él se considerará llamado a ponerse a la cabeza de la república francesa.» *Papeles póstumos*, tomo V, pág. 277.

(3) Tenía entonces 21 años y un mes, pero aquel mismo año murió de tisis pulmonar, cuyos primeros síntomas se habían presentado dos meses antes. El duque de Burdeos, ó conde de Chambord, tenía diez años menos.

italianos, y una de sus primeras disposiciones fué impedir que los cuerpos de voluntarios que se estaban formando en Marsella y Lyon, entrasen en Italia; pero en cambio exigió del Austria, como condición imprescindible de la conservación de la paz, la evacuación inmediata de los territorios y plazas que tenía ocupados, advirtiéndole que el 24 de julio se abrían las cámaras en París, y que si entonces los austriacos no se habían retirado, los franceses ocuparían a Civitavecchia ó Ancona. Metternich se conformó, porque el Austria tenía interés en robustecer la posición de Luis Felipe desde que veía en él una nueva garantía de paz, y mucho más sabiendo, como sabía, que en caso de una ruptura con Francia no podía contar para nada con el auxilio armado de la Prusia. Aun hizo más, que fué adherirse en nombre de su gobierno a la reclamación que Francia y las demás grandes potencias dirigieron al papa invitándole a introducir reformas capitales en la administración de los Estados de la Iglesia (4). Sucedió, sin embargo, que los boloñeses se rebelaron, después de la partida de los austriacos, contra las hordas que bajo el nombre de tropas pontificias ocuparon el país y lo asolaron, saqueando, violando, asesinando y robando hasta los templos. Entonces el papa volvió a llamar a los austriacos contra los infortunados súbditos, pero cuando, en efecto, regresaron y ocuparon de nuevo la ciudad, en 28 de enero de 1832, Perier realizó al momento su amenaza y envió una escuadra de guerra que en 22 de febrero ocupó a Ancona, sin hacer el menor caso de las protestas é indignación del papa, declarando tranquilamente que los franceses no evacuarían a Ancona hasta que los austriacos hubiesen evacuado las Legaciones. En el fondo todo esto no era más que una fanfarronada calculada para halagar a los franceses, dar que hablar en la cámara de diputados y producir una impresión saludable en toda la Europa, aprovechando el temor general de nuevas guerras. La guarnición francesa continuó en la ciudadela de Ancona hasta fines del año 1838, después que los austriacos evacuaron completamente los Estados de la Iglesia; pero Luis Felipe había dado ya suficientes satisfacciones en Viena, asegurando que nada estaba más lejos de su mente que hacer la competencia al Austria en Italia. Por lo demás, aquello de las reformas de los Estados pontificios quedó completamente olvidado desde que Bernetti contestó con gran arrogancia a las reclamaciones de las potencias que «el Padre Santo sabía mejor que nadie lo que debía a sus pueblos.» El papa hizo redactar algunas leyes inocentes, que no se cumplieron, y lo demás lo arreglaron los regimientos de suizos que la curia romana contrató por 22 años, y la sociedad secreta de los *sanfedistas*, que con su terrorismo restablecieron la paz y el silencio en las infortunadas provincias, al paso que permitían a la curia molestar al gobierno de Viena con pequeñeces por su política eclesiástica interior. Metternich consiguió la exoneración de Bernetti, pero la situación interior, es decir, la reacción, continuó del mismo modo bajo el mando de su sucesor Lambruschini (5).

En el reino de Cerdeña no anduvieron las cosas tan mal. Allí, en 27 de abril de 1831, a la muerte de Carlos Félix, último vástago varón directo de la casa de Saboya, subió al

(4) Prokesch-Osten, jefe de estado mayor del ejército austriaco de ocupación en Bolonia, escribió en 4 de mayo de 1831 a Gentz: «Difícilmente habrá país en Europa más infamemente gobernado que este.» Papeles póstumos del mismo.

(5) Guizot cita como característica sobre este gobierno eclesiástico, en sus *Memorias*, tomo VII, pág. 289, la siguiente relación que Metternich hizo por entonces al embajador francés: «Había yo remitido al Padre Santo una constitución, un proyecto de reforma, nada, la cosa más inocente del mundo. El Padre Santo lo recibió con benevolencia, pero los cardenales, a los cuales lo presentó, le dijeron: «Deje Vuestra Santidad eso y devuélvalo al jacobino que se lo envió.»

trono el príncipe de Carignan, Carlos Alberto, que a pesar de su conversión al absolutismo, introdujo muchas reformas acertadas, lo cual, sin embargo, unido a la solicitud que empleó para poner en buen estado su fuerza armada y a la independencia que mostró desde el primer día de su reinado, despertó los recelos del Austria.

En Toscana regia el sistema absoluto pero paternal, bajo el gobierno del gran duque Leopoldo, que realizó notabilísimas obras de utilidad pública y protegió en gran manera la literatura.

En Nápoles reinaba, desde el 8 de noviembre de 1830, Fernando II, que se mantuvo aislado en cuanto pudo del mundo político y solo se aplicó a poner orden en la hacienda de sus Estados, destruir el bandolerismo y rechazar, alentado por la Inglaterra, toda tutela del Austria; pero las esperanzas de los liberales quedaron aplazadas indefinidamente y el desengaño amargo que esto produjo en la población ilustrada acumuló materiales mal sanos para nuevas conspiraciones.

La Suiza resintióse también de la conmoción general. En 1830 observáronse los primeros síntomas de un espíritu moderno más ilustrado y más liberal que pugnó por introducir reformas y abolir vicios y abusos tradicionales en la constitución interior y en el modo de ser de la confederación, que el congreso de Viena había dejado en estado indefinido. Era, en efecto, un conjunto de cantones poco unidos, con instituciones heterogéneas, sin más órgano común que una especie de congreso que en nulidad rivalizaba con la famosa dieta alemana de Francfort, y que se reunía sucesivamente en Berna, Zurich y Lucerna. En cada cantón dividíase la población en rural, urbana y patricia. Los patricios, que naturalmente formaban una casta privilegiada en cuyas manos estaba el gobierno del cantón, cuidaban de que este conservara su independencia para no perder ellos su privilegio de gobierno con sus abusos. Bajo este régimen prosperó como en todas partes la influencia del clero católico; los jesuitas se establecieron en Friburgo, desde donde como centro hicieron hábil y activísima propaganda, mientras los gobiernos absolutistas encontraban en ellos y en las autoridades civiles la acogida más favorable para sus pretensiones, principalmente el austriaco, que fué puntualmente servido en todas sus reclamaciones sobre la prensa suiza y los refugiados políticos alemanes. En 4 de junio de 1830 el cantón del Tesino se dió una constitución democrática, que es la más antigua de todos los cantones suizos, y siguieron su ejemplo los cantones de Appenzell y Lucerna. Vino en seguida la revolución francesa, y entonces se multiplicaron en todos los cantones las reclamaciones del pueblo en favor de una constitución formal y moderna; en cada uno sucesivamente fué cayendo el gobierno de la aristocracia y ganó terreno la idea, entre la gente ilustrada y liberal, de una reforma radical del pacto federal en sentido de una unión más íntima y sólida; pero debían pasar muchos años antes de que esta idea ganara prosélitos suficientes para traducirse en hecho. Por lo pronto sucedió lo contrario, porque los tres cantones de Basilea, Schwytz y Vaud se desmembraron, dividiéndose Basilea en ciudad y campo; Schwytz en interior y exterior, y Vaud en parte alemana ó alta y parte francesa ó baja. Los cantones de Berna, Argovia, Turgovia, San Gall, Soleura, Zurich y Lucerna pidieron al congreso federal una revisión del pacto y habiendo sido su petición rechazada formaron, en 17 de marzo de 1832, para conseguirlo, una alianza. Contra esta formaron otra los cantones primitivos, a los cuales se agregaron los de Vaud y Neuchâtel. Ambos partidos llegaron repetidas veces a las manos, y en Schwytz, Basilea, Neuchâtel y Vaud corrió la sangre. Tuvo, pues, que interponerse el

congreso federal y decretar la disolución de la alianza segunda, así como la reunión de las dos divisiones que se habían formado en los cantones de Vaud y Schwytz, pero reconoció la del de Basilea en ciudadana y rural, con la condición de que en sus relaciones con la confederación no serían considerados más que como un solo cantón.

ALEMANIA

La revolución francesa de 1830 señala para la Alemania una nueva era, porque hizo brotar en este país el impulso que conduce a la libertad política, impulso detenido hasta entonces, y con más fuerza que nunca, por sus gobiernos absolutos. Este impulso fué desde entonces creciendo, a pesar de todos los esfuerzos de los gobiernos para ahogarlo, hasta que otra tempestad procedente de Francia lo hizo estallar en manifestaciones abiertamente revolucionarias. En aquella época, sin embargo, el espíritu nacional en Alemania estaba todavía tan en embrión que los sucesos ocurridos en París solo produjeron algunos deseos aislados de ver desaparecer los inconvenientes locales que tenían completamente encadenada y reducida a reglamentos opresores é inaguantables la vida pública, principalmente en los Estados del Norte.

En el reino de Sajonia, los tumultos callejeros que ocurrieron en Dresde y Leipzig fueron aprovechados por la parte menos reaccionaria de la nobleza para conseguir la destitución del omnipotente ministro principal del rey, Einsiedel, y para obligar al anciano y caduco rey Antonio a asociar al trono a su sobrino el príncipe Federico Augusto y a dar a la representación parálitica de los Estados generales una organización algo más adecuada a las necesidades modernas, como lo hizo por decreto del 4 de setiembre de 1831.

En el Hesse-Electoral se hallaban las cosas en peor estado que en Sajonia. En ninguna corte de los soberanos grandes y pequeños de Alemania andaba más por el suelo la dignidad individual del monarca y de sus súbditos que en la corte de Cassel, donde el crapuloso príncipe elector Guillermo II, que reinó desde 1821 hasta 1847, estaba desde su separación de su esposa, hermana del rey de Prusia, enteramente dominado por una tal Lehmann, mujer comprada por el elector a su marido, y a quien el emperador de Austria, a propuesta de Metternich, había dado el título de condesa de Reichenbach a fin de tener en ella un instrumento dócil contra la Prusia. Esta conducta escandalosa del elector iba unida a una codicia insaciable y vil, de tal suerte que apuraron la paciencia de los hessenses. El príncipe se vió obligado a convocar los Estados generales y a aceptar una constitución bastante liberal que elaboraron con la cooperación de Silvestre Jordan, catedrático de Marburgo. Cuando regresó a la corte con insolente desdoro la querida del elector, que había huido para no ser víctima de la indignación del pueblo amotinado, manifestóse la misma indignación general, y entonces el elector dejó el cuidado del gobierno en calidad de regente a su hijo, en un todo digno retrato de su padre, y prefirió retirarse a Hanau y después a Francfort.

En el gran ducado de Hesse-Darmstadt hubo también tumultos y excesos contra las aduanas, los empleados y los propietarios rurales.

Más serios fueron los desórdenes en Hanover, el país ideal de los hidalgüelos feudales de aldea desde que los soberanos del país eran reyes de Inglaterra y residían en Londres. En Osterode y Gotinga hubo de intervenir la fuerza armada para restablecer el orden; el duque de Cambridge, hermano del rey Guillermo IV de Inglaterra y primero en Hanover, y nombrado virey de este último reino en 22 de